

## MELCHOR OCAMPO, LITERATO Y BIBLIÓGRAFO

FRANCISCO DE LA MAZA  
*Universidad de México*

LA PRIMERA OBRA LITERARIA que escribió fue su *Viaje de un mexicano en Europa*, fechado en 1840, es decir, cuando tenía veintiséis años de edad. Las primeras cartas son de París. El espíritu a veces mordaz del joven abogado le hace decir desde el principio. “[Fui] al jardín llamado enfáticamente *de las plantas* [*Le Jardin des Plantes*], como si hubiese jardines que no fuesen de ellas...” Después de dar muchas vueltas y caminar innumerables cuadras, llega al jardín, no sin antes decir malhumorado:

Abundando París en inscripciones, letreros, rotulones, señas, etc., hasta indicar al pie de las escaleras el punto en que está el fierro para limpiarse los pies, con la comunísima fórmula de: *Essuyez vos pieds, s'il vous plait*, se encuentran muchos establecimientos que valdría mejor la pena de tener al menos su nombre sin seña alguna que lo indique.

Y al propósito le parece que aun las iglesias deberían tener su letrero “que entre nosotros tienen casi siempre su respectivo azulejo”.

En el *Jardin des Plantes* conoció el joven Ocampo al cóndor, que no le pareció tan grande como se lo figuraba y según había leído en Humboldt. “El individuo —dice hablando del cóndor— es hermoso; su collar de seda blanca contrasta agradablemente con las plumas negruzcas que de él siguen y con el color amoratado de su cuello y cabeza desnudos.” No estamos de acuerdo con que la grandiosa ave andina sea hermosa; tal vez los recuerdos de América templaron su impresión primera. Y así lo confirma la graciosa afirmación de que en la misma jaula convivía con un zopilote, “como conviene a

paisanos en remotos climas". Admira —o repudia— a las "sepulturas-vivientes", es decir, las aves rapaces, y el ibis le parece "un animal muy tonto" maravillándose de que los egipcios le hubieran dado tanta celebridad. Le duele que entre "tanto bribón" estén contentas las honorables cacatúas y los habladores pericos "como si vivieran entre gallinas, palomas u otras gentes honradas".

En Burdeos fue a la ópera, al "Moisés", pero fue tal la rechifla innoble con que se recibió al primer actor que tuvo que salirse a "descansar las orejas". La descripción que hace de un cuarto de hotel francés de hace ciento veinte años es magnífica:

Nuestro cuarto tiene a cada lado de la puerta, en los rincones, amplias alacenas; enfrente de aquélla la chimenea, con su cornisa de mármol, su grande espejo y dos ventanas a los lados con sus respectivas colgaduras; enfrente de cada ventana hay una mesita con una botella blanca, un vaso, un pichel, un lebrillo y dos servilletas o toallas; de estas mesas siguen nuestras camas, que son de caoba, y consta la dotación de cada una de un jergón llamado *paillase*, por estar lleno de paja, un colchón de pluma encima y otro más de lana sobre éste; dos amplísimas y limpias sábanas de cáñamo, un bolillo de plumas y un *oreiller*, que diferencia de nuestras almohadas por la forma, que aquí es cuadrada y el relleno que es de plumas también, y una manta, frazada o sobrecama de algodón muy suavecita. Los pies de la cama corresponden a las ventanas. Hacia la cabecera está un... con su correspondiente vaso y en medio del cuarto una mesita redonda.

Su carta sobre la cocina francesa está llena de observaciones interesantes, justas y pertinentes. Le parece la comida limpia, abundante, rápida y de excelente calidad. "Los parisenses —dice— son probablemente el pueblo más goloso del mundo", pero llegan a molestarle los excesos de la *gourmandise*, a pesar de que sufrió "su maligna influencia". Alaba el *puré* y la sopa *Juliana*, así como los variados dulces y pasteles y comienza a pensar que en México debería introducirse la cocina francesa para bien de sus habitantes, que siguen

con su "sopa aguada y su puchero como bagazo insípido". Se burla, y con razón, de la manera de tomar el chocolate, tan espeso que parecía "un brebaje de harina". Ahora, en 1961, cosa curiosa, le llamamos en México "chocolate a la francesa" al muy aguado, ya que, efectivamente, así se usa en París, tal vez por influencia del horrible "chocomilk" norteamericano. Comienza a hablar de los hongos, pero "no —dice— esto sería ya un tratado de cocina más bien que una carta sobre ella. . .".

En otra carta, fechada el 6 de julio, nos cuenta que ha visitado al famoso doctor Mora. "Es sentencioso como un Tácito, parcial como un reformista y presumido como un escolástico." Sentencioso y parcial lo sería veinte años después el propio Ocampo, el "reformista", pero nunca presumido. "Habla con una facilidad y elegancia extraordinarias; manifiesta sin esfuerzo una gran literatura y clasifica y metodiza sus ideas con una precisión sorprendente." Y sorprendente nos parece a nosotros el siguiente párrafo:

No lo frecuentaré, sin embargo, porque me parece un apóstol demasiado ardiente para creerlo desinteresado en sus doctrinas y un partidario tan exclusivo que no ha de hacer largas migas sino con quien en todas sus conversaciones se sujete a no tener opinión propia.

¡Pero eso sí sería, casi, Melchor Ocampo años después! Es decir, un "apóstol", "ardiente" y "partidario exclusivo" de sus ideas. Es interesante que un super-Mora como Ocampo no lo intuyese a sus veintiséis años.

En la misma carta habla, extrañado y entusiasmado, de los "ómnibus", esa nueva invención que "son unos carruajes de gruesas hojas de lata, capaces de contener cada uno 16 pasajeros. . ." y que llevan a todas partes por precios módicos. "No he visto cosa más útil, ni creo que se encontrará nada que le supere en comodidad bajo todos los aspectos."

Avisa también que tiene preparado un *Suplemento al Diccionario de la Lengua Castellana por las voces que se usan en la República de México*, adelantándose con mucho a los actuales diccionarios de mexicanismos. Don Ángel Pola lo publica en el tercer tomo, pp. 89 a 231, con el título de *Idio-*

*tismos hispano-mexicanos* (¿es de Ocampo o de Pola el cambio de título?). Consta de 920 voces que no siempre, como pasa en todos los diccionarios de este tipo, son “mexicanismos”. Vale la pena detenernos, interrumpiendo el *Viaje*, ante algunas “voces que se usan en la República de México”. Hay varias que no son exclusivas mexicanas, como *adornado*, *afiliado*, *ambón*, *ampolleta*, etc., que se usan igual en España que en México y más cuando repite en otra carta (la muy hermosa y patética en que descubre su “despilfarrada juventud” y su huida a París): “Ocúpome ahora de la definición de más de mil voces que he reunido de las que usamos en México y *no son castellanas*.” En cambio, nos enseña vocablos que se usaron hace un siglo y ya no son vigentes, como el curioso de “apostolarse”, por dormirse. “Tal vez se alude con tal término —dice— al pasado del Tabor.” \* Y sin el “tal vez” debió ser por ello. En la palabra “arete” nos dice que se llama así también, además del “amplio pendiente” que llevaban las mujeres, a “la pequeña argolla que llevan algunos afeminados”. Un prostíbulo se llamaba “arrastraderito”, palabra que se usó después también para las tabernas. Las “balcarras”, actualmente “balcarrotas”, eran las patillas dejadas crecer como mechones o trenzas de algunos indígenas.

Sabemos también que “bandoleros” eran las pobres chinampas, tal vez porque “movidas por el viento y las corrientes obstruyen las acequias de travesía como los ladrones invaden los caminos”.

En la palabra “bolo” se equivoca, como todos los etimólogos, y todos los diccionarios, en escribirla con *b*. Si el *voló* es “el regalo en moneditas nuevas que se acostumbra que haga el padrino en bautismo a los asistentes”, es porque no sabemos cuándo, los acólitos, al oír al padrino contestar por la criatura: “voló”, es decir, “sí quiero” (sí quiero recibir el sacramento), le pedían después el “voló” o regalo. Por eso debe escribirse con *v*.

En la palabra “castillo” olvidó que así llamamos a los juegos pirotécnicos de las fiestas. Y consta que se usaba ya

\* Léase “Monte de los Olivos”.

desde principios del siglo XIX. "Coa" lo dejó sin definir, así como "comer" (¿tiene el verbo *comer* algún sentido diferente al usado en España?).

No sabemos si Ocampo fue masón, pero no lo era en 1840 en que habla de las "ridículas" ceremonias de la asociación secreta, a la cual llama *fracmasonería*, sin la *n* primera, "por eufonía y por que así la pronuncia la mayoría".

Es curioso que en esa época la palabra "petaca" no significara, según Ocampo, "baúl", sino sólo "persona inútil, embarazosa, molesta en un viaje".

Valga la digresión, no por creer que hemos corregido en algo, sino para interesar al lector en este desconocido aspecto de Melchor Ocampo.

Y seguimos con el *Viaje*. Su crítica al teatro parisino de la época es excelente:

La vida que presenta París, al acercarse el invierno, es enteramente distinta de la que he conocido en el resto del año. Ya están abiertos 22 teatros, de los que sólo he dejado de ver los muy caros, como el de la Ópera italiana, que cuesta dos pesos por persona en el patio; la grande ópera, que cuesta 6 francos, etc. De todos estos teatros, ocho al menos tienen su género particular. En la ópera italiana hay serio y bufo, lo mismo que he visto en México. En la grande ópera, otro tanto; pero, además, hay bailes pantomímicos; el canto es en francés y las piezas que se representan son compuestas por hijos del país. En la ópera cómica (otro teatro, el más bonito que tiene París) no todo lo que se representa es alegre, sino que su diferencia consiste en que el canto y la representación declamada están unidos en cada pieza por intervalos. El teatro francés, llamado así por excelencia, sólo usa la comedia y la tragedia clásicas, las obras de los grandes maestros. El vaudeville representa piezas del mismo nombre, generalmente cómicas y cuya principal nota característica consiste en un malditísimo canto que a cada paso corta la declamación, regularmente en arias, pero también dúos, tercetos y aún coros; todo de la real fábrica Macharabiaya, es decir, malo como las antiguas barajas españolas que tenían esta leyenda. El drama es la quinta esencia del romanticismo: *pluralidad* de tiempos, de personas y aun de asuntos, anacronismos, falsos

testimonios históricos; hasta inverosimilitudes palpables, todo esto es permitido, con tal de excitar fuerte la imaginación del espectador. Los hay con cinco o seis asesinatos, otros tantos envenenamientos, dos o tres conjuraciones y una o dos personas que se vuelven locas. Cuál abraza diez, cuál veinte y cuál hasta treinta años, que el pobre espectador tiene que sufrir *viendo*, como Daniel pasó sus dos luengos descansos *durmiendo*. Dos teatros hay para prodigios en cuentos, duendes, apariciones, hadas y demonios. Dos, cuyos actores son todos muchachos, y uno, que sólo representa en pantomima. Y le protesto a usted que no espero ver país en que la mímica esté más adelantada ni más extendida por todas partes. El principal desagrado que hay en los teatros es tener que esperar mucho tiempo antes de que se abran los despachos, arredilados en estrechas barandas y haciendo lo que aquí llaman cola. La necesidad de hacerla depende de que los asientos del patio no están numerados, ni aun divididos; los teatros son chicos y todos quieren, no sólo entrar a tiempo de tomar buen lugar, sino lo que es más, asegurarse de él. Las representaciones comienzan entre cinco y media y siete y duran algunas veces hasta media noche, porque representan siempre tres o cuatro piezas; cuando menos dos de buena talla. No deja de estorbar un poco a la concurrencia de los teatros la costumbre de comer a la misma hora en que éstos se abren, y aunque sé la explicación de esto, que parece contradicción en las costumbres, sería muy largo entrar en ella. Los precios más comunes son para el patio, desde dos francos hasta diez sueldos o medio franco. El patio es tan inquieto, tan ruidoso y turbulento, como nuestro antiguo mosquete, y sus asientos no tienen respaldo, lo que es muy desagradable para estar seis horas en ellos.

Un tanto volteriano, se burla de ciertas ceremonias eclesiásticas y aplaude el que el Ayuntamiento de París haya negado al arzobispo los 3 000 pesos que pedía por los gastos habidos en su visita, con todo el alto clero, al rey Luis Felipe con motivo del atentado de Darmez. Se burla de Lamennais y piensa escribir un *Essai sur l'aveuglement en matière de religion et de politique* como respuesta al *Essai sur l'indifference en matière de religion* del propio Lamennais, a quien llama "el campeón de los papas". Nos confunde esta opinión

sobre el bilioso abate, pues había sido excomulgado desde 1832 y ya se había separado de la Iglesia Romana.

ENTRE LOS PAPELES DE OCAMPO, y autógrafo, se encontró una "Carta Crítica sobre la Oda de J.A.M.". Dice Pola, cautelosamente, que "bien pudiera ser que esta Carta Crítica fuera una simple copia". No lo parece, por el estilo, ni es probable que un Ocampo perdiera su tiempo en copiar un trozo de crítica literaria si él mismo podía hacerlo perfectamente. La crítica a la Oda no es un modelo ni su sistema es el mejor. Sólo apuntamos que Ocampo se adelantó muchos años al famoso Antonio de Valbuena, el burlón y superficial castigador de los poetas de fines del siglo con sus libros a caza de ripios "académicos", "aristocráticos" y "ultramarininos". Como la carta está incompleta no sabemos quién es J. A. M. ni cuál es la Oda. Cuando el "rapsoda" dice:

en él está grabado  
con buril de diamante  
en partes mil el nombre de Escalante,

Ocampo se burla de lo del "buril de diamante" que sustituye a los de acero y dice: "Bien que en obsequio de la verdad es preciso confesar que este descubrimiento se le debe más bien al nombre de Escalante, pues si casualmente ha sido Escalona. . .

Buril nos mete de tupida lona.

Y después: "Pero oiga usted la siguiente pintura en que quiso lucir lo de sublime y atrevido:

y Granada se aflige, y llora y gime,  
y vuelve al Cielo los nublados ojos:  
tuerce agitada las hoyosas manos;  
y el palpitante pecho no reprime  
el triste sollozar de sus enojos.

¡Vaya! ¿Quién habrá que no se figure al instante a la pobrecita Granada acometida de la alferecía más cruel, haciendo visajes y contorsiones, echando espumarajos y

dando moquetes a diestro y siniestro con la fuerza del color? Y esto es, sin hacer caso del *triste sollozar de sus enojos*, de que no he entendido otra cosa, sino que había *ojos* más arriba, pues, por lo demás, ver *sollozar a los enojos* sería mejor que titeres de sombra.”

Y así la emprende con toda la composición. Es, justamente, como dijimos, el método de Valbuena en sus *Ripios*, que después con tino y gracia, satirizó el argentino Abel de Sorralto. No es precisamente una gloria ser el antecesor directo de Antonio de Valbuena, pero sí hacemos constar que el sistema crítico-burlesco del madrileño, creído hasta ahora como una originalidad, ya estaba en pleno desarrollo en el mexicano liberal Melchor Ocampo.

HAY UN TROZO DE SAINETE llamado *Don Primoroso*, fechado en ese fructífero año para Ocampo de 1840, en el que arremete contra un atildado homosexual de buena familia que, al parecer por los pocos versos que nos quedan, estaba bien retratado, a pesar de alguna exageración en las actitudes. Debió ser una obra muy graciosa y atrevida. De golpe y porrazo hay esta escena entre madre e hijo:

PRIMOROSO: “¡Señor San Antoñito! Mamacita, en el zaguán hay ruido; son ladrones que vienen a matarnos.

PONCIANA: Mas ¿qué es esto? Quita, ¡Jesús, Jesús, qué atrevimiento! ¿Acostarte conmigo? Dios nos libre.

PRIMOROSO: “¡Ay mamita! Es verdad, mejor quisiera estar ahora con hombres.

PONCIANA: ¡Mentecato!

Y esta otra:

PRIMOROSO: “¡Ay Dios! mis pobres chinos se han descompuesto ¿cómo he de ponerme delante de las gentes en tal traza? Voy a peinarme.

PONCIANA: ¡Vete! Y cuidado que viene Don Justo y sus dos hijos; cuidado con tus dengues, no me desacredites, pórtate ahora como hombre fino, como caballero.”

De sus poesías quedan tres, improvisadas de ocasión, las tres tan malas que no vale la pena reproducirlas.

EN EL ASPECTO DE BIBLIÓFILO, Ocampo nos dio un interesante estudio sobre los libros raros que poseía y que envió a la revista *Museo Mexicano* en 1844. No se publicó entonces, por lo que fue ignorado por los grandes bibliógrafos de la segunda mitad del siglo XIX: Andrade y García Icazbalceta. Pero lo extraño es que todos los bibliógrafos del siglo XX han ignorado este ensayo del sabio Ocampo cuando aún no cumplía los treinta años de edad. La publicación está en el tomo III de la citada edición de don Ángel Pola, pp. 271 a 317.

Pide al *Museo Mexicano* que “renazca la antigua laboriosidad” y que “sería muy conveniente publicar un catálogo de nuestras lenguas y de las varias obras que sobre algunas de ellas se han impreso o existen manuscritos”. Y hace una acusación que aún es valedera:

Desconocidos son en su mayor parte los tesoros de México en cuanto a lenguas y triste es el mirar el vandalismo en que algunos de nuestros paisanos han hecho pasar a Europa esos mismos tesoros. Ya es tiempo de que cese la indiferencia con que vemos envolver cohetes o azafrán en papeles que los extranjeros instruidos pagan a peso de oro para trasladarlos a donde nunca los volveremos a ver. Ya es tiempo de que nos anticipemos a ellos y frustremos las pesquisas que hacen a fin de que no llegue el día en que nuestros pósteros califiquen de estúpida esa misma indiferencia con que nos dejamos despojar de tantos documentos importantes sin manifestar por ello ni siquiera un estéril sentimiento. Yo conocí a un italiano y no hace muchos años que me enseñó en la casa de diligencias y llevó para Europa cuarenta y tantos volúmenes sobre nuestras lenguas. Yo vi llegar a París un francés muy instruido ¡con dos baúles! de impresos, manuscritos, mapas, títulos, etc.

Cita Ocampo 4 manuscritos; 5 libros del siglo XVI; 5 del XVII; 14 del XVIII y 2 del XIX.

Los manuscritos son:

Un tomo en 8º manuscrito con 339 fojas; empastado, algo picado; tiene dos hojas más, no numeradas, que ocupa un *Index omnium Euangeliorum quoe in hoc Libelo continentur*, y él señala cuarenta y siete Sermones para otras tantas dominicas y siete más para otras festividades, pero nada dice del contenido de las últimas seis hojas, formadas por una miscelánea de notas, en latín las unas, y en castellano las otras, sobre algunas disposiciones de diversos concilios, fechas de acontecimientos notables, y otras varias curiosidades. La letra es redondilla, muy clara y limpia, y los textos, así como los títulos, de buena tinta encarnada.

¡Lástima que no nos diga su opinión sobre la época y posible autor del *sermonario*, así como las "fechas de acontecimientos notables y otras varias curiosidades"! Con tan parca noticia es casi imposible dar con el manuscrito, si es que existe.

Luego:

Un tomo en 8º, sin carátula; pero que comienza bien desde la página 1, con 224 fojas. Precioso manuscrito autógrafo del sapientísimo P. Gilberti. Contiene: Hasta la foja 17 una serie de textos de la Escritura, en latín, con su versión tarasca en seguida de cada uno, apropiados al título de cada *Thema*. Llámase el primero de éstos: *Para que se oiga la voz del señor*. Desde el segundo en adelante, todos tienen nombres de voces: *voz ad credulos et incredulos, voz ad infructuosos, voz ad charitatiuos et incharitatiuos etc.*, y son estas voces diez. A la vuelta de la foja 17 comienza otra nueva serie de textos, por orden alfabético, que llegan hasta la foja 76 vuelta, y sólo están precedidos de la palabra *Thema*. Las cinco fojas siguientes están en blanco. En la 81 dan principio los *Evangelios de los Santos*, y acaban en la 118. En los dos siguientes, y de diversa letra, está la que corresponde *In festo sancti Francisci*; y desde la 121 hasta el fin, que no está completo, siguen los *Evangelios Dominicales de todo el año*, precedidos de un corto *Aviso* á los predicadores, firmado por el autor. Exceptuando este aviso a los textos latinos, todo está en tarasco, de muy clara y hermosa letra; la mitad casi de la obra tiene marcos de tinta roja, y los textos y citas marginales de la misma. No hay abreviaturas ni caprichos

ortográficos que la desfiguren, y pudiera honrar á Fr. Maturino aun como muestra de caligrafía.

He extendídomé más de lo que pensaba en este segundo artículo, por no dejar pendiente nada de cuanto tengo sobre tarasco. Advertiré que me detengo mucho menos en cada número, según el concepto que formo de la bondad, ó de la utilidad de la obra, y según que es ó suponga ser más ó menos rara. Doy á uds., señores redactores, muy repetidas gracias por la benevolencia con que se han dignado obsequiar mi súplica sobre ortografía, y me repito de ustedes obligado servidor y amigo.—O. (M).

Este “precioso manuscrito” fue conocido de García Icazbalceta, pero con laudable honradez nos dice: “Vi, hace años, unos sermones en tarasco, ms. y por descuido no tomé descripción de ellos.”<sup>1</sup>

Perteneció después a don Nicolás León, quien lo describe así:

Sermones en tarasco. En 4º, con 198 hojas sin foliatura ni signatura. Siguen unos breves/sermones de la lengua de michoacán para cada domin/go del año fundados sobre un thema aunque por diversas materias, ordenados por el pe.f. mathuri/no gilberti fraile menor en la dicha provincia. Sermones generales y sermones especiales de festividades. Estos tienen los textos latinos con tinta roja. La escritura es bellísima, muy clara y uniforme. En los márgenes hay anotaciones de letra muy posterior explicando frases de difícil traducción; tiene también nombres de varios sujetos que han de haber sido dueños del manuscrito; uno de ellos dice que le costó seis pesos.<sup>2</sup>

Es curioso que Ocampo no haya puesto también su autógrafa. Ignoramos dónde esté ahora el manuscrito de fray Maturino.

El tercer manuscrito es:

Un cuaderno en 4º de 32 fojas, *manuscrito*, con esta carátula: *Arte de el Idioma Othomi en que se hallan Reglas, modo de conjugar, Nombres Verbos, Doctrina Xptiana, oraciones: Confissionario, modo de adminis-*

trar el Viatico, amonestacion y casar. Escrito en Queretaro en diez y ocho de febrero, de mill setecientos y sin-cuenta y cinco, y dedicado á N. S. y Madre SS<sup>a</sup> de la Luz. Ocúpanse las primeras siete hojas con un buen compendio gramatical, aunque no muy metódicamente dispuesto, y las siete siguientes con catálogos de nombres clasificados muy arbitrariamente, y correspondiendo con sus equivalentes castellanos. En la foja 15<sup>a</sup> comienza la *Segunda Parte, en que se contienen los Verbos del Idioma othomi*; escritos estos al acaso, sin orden ni regla. Diez días dilató el autor en escribir todo esto, según se infiere del principio de la página 19<sup>a</sup> que dice: *Tercera parte, en que contiene la Doctrina Xptiana*. . . etc., como en la portada. Año de 1755 en Queretaro á 28 de febrero. Confrontado con la primera fecha.

En cuanto a los libros del siglo XVI cita los siguientes:

Un tomo en 8º, sin principio ni fin (y no por eso eterno) que comienza en la foja 19 y acaba en la 295. Léese, sobre los marcos que encierran cada página y en las primeras 32 hojas *Cartilla Para los niños* y está compuesta de un breve catecismo en latín, castellano y tarasco. En la foja 33 comienza un *Thesoro spiritual para los pobres*, todo en tarasco, que contiene varios tratados sobre las virtudes y los vicios, explicación de los mandamientos, de los misterios, de los sacramentos, modo de disponerse a recibir los de la penitencia y eucaristía, algunos rezos devotos, etc. La edición es muy correcta.

De este libro hubo dos ediciones: la de 1559 y la de 1575. Icazbalceta (Nº 36, p. 157) copia lo dicho por Beristáin para la primera y confiesa no haberla conocido. En la segunda hay una completa descripción del libro que nos convence de que la edición de que habla Ocampo es la de 1559, pues el *Thesoro* empieza en la foja 12 y no en la 33, y a pesar de que Ocampo dice que "la edición es muy correcta", no tenía grabados, como sí los tiene la de 1575. Además, nunca el futuro ministro liberal hubiera dejado en el tintero ese trozo que copia Icazbalceta de la epístola dedicatoria y que dice:

Y parándome a pensar la gran ceguedad que desde treinta y más años he visto y veo en algunos ministros

como en los ministrados por falta de esta doctrina y enseñanza christiana y que los más de los curas se contentan y se tienen por muy satisfechos en dezir una misa en sus tiempos y bautizan a los niños, casar y enterrar sin ningún género de sermón y predicación evangélica. . .

Lo cual no es nada elogioso para el clero secular del siglo xvi y hubiera caído de perlas al futuro reformador, como lo hizo en el otro libro de 1559, el *Diálogo de Doctrina Christiana en la lengua de Mechuacán* (Nº 34, p. 152 de Icazbalceta), en que “no resiste la tentación” de copiar otro trozo de Gilberti que, sin embargo, es menos duro que el de la *Cartilla*.

El tercer “incunable” mexicano es el *Vocabulario de la Lengua Mexicana*, de fray Alonso de Molina, de 1571 (Nº 68, p. 244 de Icazbalceta), del que sólo dice: “faltan a mi ejemplar las últimas hojas”. Y añade: “El Museo Nacional posee uno completo. Es obra apreciableísima a pesar de sus varios defectos.”

El cuarto es:

Un tomo en 8º sin principio ni fin y aun con algunas hojas de menos en varias partes del cuerpo de la obra. Compilación indigesta sin asomo siquiera de gusto o de crítica, pero preciosísima por los materiales que reúne no menos que por su rareza, pues ha frustrado mis más exquisitas y prolongadas diligencias por conseguir otro ejemplar de donde al menos copiara las hojas que faltan al mío.

Icazbalceta sí lo conoció bien y lo describe de cabo a rabo. Es el *Arte y Dictionario con otras obras, en lengua Michuacana*, por el M. R. P. fray Juan Bautista de Lagunas. . . (Nº 71, pp. 253 a 256).

El quinto es el *Sermonario en lengua mexicana*. . . de 1577 impreso por Antonio Ricardo (Nº 85, pp. 281-288 de Icazbalceta).

Es “el libro más correcto y de mayor hermosura tipográfica que conozco salido de las antiguas prensas de México. Él solo bastará para fundar la reputación de Ricardo y hará que se

le distinga, como es debido, cuando haya entre nosotros quien se ocupe de esto".<sup>3</sup> Ciertamente que no es el más hermoso libro del siglo xvi, pero honra a Ocampo el elogio estético que hace a uno de nuestros "incunables".

RESPECTO DE LOS LIBROS del siglo xvi, el citado por Ocampo con el N<sup>o</sup> 8 es el *Camino del Cielo en Lengua Mexicana con todos los requisitos necesarios para conseguir este fin...* de fray Martín de León, editado en 1611. Al ejemplar del *Arte del Idioma de Michoacán* le faltaba la carátula, pero, con agudeza, Ocampo supuso que era de fray Diego Basalenque y de hacia 1712. En efecto, es el *Arte del Idioma Tarasco*, de 1714, citado por León y por Medina.

A propósito de Basalenque, poseía Ocampo los manuscritos del *Arte de la Lengua Matlaltzinga* (N<sup>o</sup> 23) y el *Diccionario Matlaltzinga* de que habló ya Beristáin y de los cuales no ha vuelto a saberse nada. Medina, por haber desconocido las más amplias informaciones de Ocampo sobre estos manuscritos, se queda con Beristáin.<sup>4</sup>

Los libros del siglo xviii son todos conocidos y registrados por don Nicolás León en su importante pero difícil de manejar *Bibliografía del siglo xviii* y por don Toribio Medina en la *Imprenta en México*. Sólo cuatro andan en ignorancia total de los bibliógrafos: el *Arte de la Lengua Mexicana*, por Gastelu, de 1726; *Arte, Vocabulario y Confesionario en Idioma Mexicano como se usa en el obispado de Guadalajara*, por Cortés y Cedecio, de 1765, con 985 páginas. Un pliego de 1784 que se encontró en la citada *Cartilla para los niños* de 1559 y que es una reedición de las páginas 107 a 109 de la propia *Cartilla* y un *Manual para administrar los santos sacramentos... a los indios de las naciones pajalates, orejones, pacaos, paebas, filijayas, alasapas, pausanes, pacachuches, mescales, pampopas, tacames, chapopines, venados, pumaques y toda la juventud de pihuiques, borrados, sampaos y manos de perro...* por fray Bartolomé García, del Colegio y Río de San Antonio en la Provincia de Texas, año de 1769.\*

\* Parece ser un manuscrito. Es el Núm. 29 y último de los libros citados por Ocampo.

## NOTAS

- <sup>1</sup> *Bibliografía Mexicana del siglo xvi*. Nueva edición, por Agustín MILLARES CARLO. México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 270.
- <sup>2</sup> *Anales del Museo Michoacano*. Año Primero; Morelia, 1888, p. 134.
- <sup>3</sup> *Op. cit.*, p. 286.
- <sup>4</sup> *La Imprenta en México*, Ed. de Santiago de Chile, t. III, p. 452.